

La desacralización del hombre y la "tecnolatría", causa de la quiebra de valores: Ernesto Sábato

- ▶ La crisis profunda del hombre no es de exclusivo origen económico y político
- ▶ En mi novelística hay una visión apocalíptica consustancial con la realidad
- ▶ Examina la conquista de América en dos novelas que está por terminar

Victoria Azurduy/enviada

MADRID, 17 de marzo. — Sesenta y siete años, apariencia de jubilado, descendiente de inmigrantes italianos, escritor de la llamada *generación intermedia argentina*, rictus de amargura y un desaforado tono de barrio norte, uno de los más cotizados de Buenos Aires. Ernesto Sábato, con su gran vena corriendo desde la sien izquierda hasta la frente, por Madrid, charló con **unomásuno**. El autor de *túnel*, *Sobre héroes y tumbas*, *Abaddon*, *el exterminador* y ensayos utilizó toda su soledad licenciada por Albert Camus y Graham Greene para hablar de sí mismo y, a veces, del mundo, profeta casi del porvenir como de la nostalgia.

Porque a Ernesto Sábato como novelista, como hombre, ¿qué es lo que más le importa? — "Los problemas de la condición humana: Los de la muerte, la soledad, la esperanza y el sentido de la existencia. Esos problemas que, naturalmente, no se presentan en una novela igual que como podrían aparecer en un tratado de metafísica. A mí me interesa ese hombre encarnado, concreto y sus problemas psicológicos dentro de un contexto sociopolítico, en un lugar y una época determinada. Creo que por esto es que mi preferido sigue siendo Dostoyevski, el de *Crimen y castigo* particularmente.

— Desde *El túnel* hasta *Abaddon* se perfila una línea nihilista que, podría decirse, se agudiza a través de casi treinta años. ¿Es que la historia es apocalíptica para Sábato?

— Mirá, toda la visión apocalíptica de mi novelística no es fruto de un recurso, forma o técnica para dar a entender la realidad. Para mí, es algo esencial y consustancial con la profunda crisis del hombre de nuestro tiempo que, no creo que sea una crisis exclusivamente de estructuras económicas y políticas. Sí, soy apocalíptico cuando pienso que es una quiebra total de los valores de la civilización occidental, producida a partir de los llamados tiempos modernos debido a la desacralización del hombre y la tecnolatría.

— En ocasión de su entrevista con el general Videla, Sábato recibió duras críticas y comentarios obviamente controvertidos ¿qué puede decir al respecto?

— Fue al poco tiempo de instaurado el nuevo régimen, cuando aún había esperanzas de evitar males mayores en la Argentina. A esa reunión acudimos Borges, el presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, el padre Castellani y yo, instados por muchísimas personas que veían con gravísima preocupación la marcha de los acontecimientos. Acudí porque quise denunciar la violencia que había comenzado a desangrar al país, promovida por los dos extremos desde la época del gobierno peronista. Denuncié la "caza de brujas" y la prisión de intelectuales dando nombres precisos que se publicaron en dos periódicos importantes como *La Razón* y *La Opinión*. Para mí, la defensa de los fueros humanos es un imperativo categórico, no hipotético y lo digo porque hay quienes creen que existen torturas malas y torturas beneficiosas, según el totalitarismo que preconizan. Durante los treinta años de mi vida literaria he denunciado las monstruosidades cometidas de uno y otro lado: las cometidas por Hitler en los campos de concentración y las de los comunistas en los suyos. Por eso me considero con derecho a protestar contra las atrocidades que la extrema derecha comete en todas partes

del mundo — también en la Argentina — porque siempre denuncié las atrocidades del extremo opuesto.

"Ciertos grupos de la ultrazquierda a menudo han servido de provocadores y hasta de aliados del extremo opuesto para la caída de gobiernos democráticos. Sin ir más lejos, observamos lo que está pasando en Italia, una democracia ejemplar, y todos conocemos el tristísimo caso de Chile, en el que Allende intentó instaurar un socialismo en libertad, y que no solamente fue impedido por la acción de las compañías como la ITT y la siniestra CIA, sino también por actos de provocación inconcebibles y de ciertos "ultras" de izquierda, para los cuales, al parecer, la convivencia democrática es incompatible con el logro del socialismo".

Sábato prefiere cambiar de tema. Hablar por ejemplo de sus primeros tiempos como escritor, allá por el 43, cuando tuvo que refugiarse en las sierras de Córdoba "porque andaba en un momento crucial en que quería abandonar a la ciencia para siempre y escribir *Uno y el universo*".

Esta será una de las pocas veces que el escritor sonría, cuando confiesa: "me perdí en la provincia, mejor dicho dentro de aquella casa semiderruida donde nos pasábamos el tiempo tratando de tapar goteras y en meternos en la cama antes de las seis de la tarde para no morirnos congelados. El fracaso fue doble porque no escribí nada y tuvimos que volver a buscar dónde vivir justo cuando los alquileres estaban por las nubes en Buenos Aires".

Merced a la complicidad de un tango de fondo, Sábato habla de su "lugar", Santos Lugares, uno de los suburbios porteños, "donde vivo desde aquel regreso forzoso y donde voy a morir. Imagínate las ventajas: el hecho de que tengo una hora de tren hasta el centro me evita una cantidad de compromisos. Además, esos viajes me significaron cierta cultura. Pude leer la *Historia de la filosofía* de Windelband casi completa hasta que, cuando llegué al capítulo de Kant, compré una camioneta y se me terminó la cultura". Además, hasta allí "no llegó el hiperdesarrollo y eso permite que la gente sea todavía ser humano". Y, dejando su acidez característica, Sábato continúa en ese recreo de optimismo que quiere le concedamos:

— Noto cierta ironía en tu mirada. Pero sí, prefiero mi Santos Lugares a París por el mismo motivo que prefiero estar con mis amigos que con estatuas. Es cierto que muchas veces reniego con los chicos que juegan al fútbol frente a mi ventana, o con el teléfono que pronto reemplazará por palomas mensajeras. Pero aquí están mis vecinos, mi cartero, mi diarero, mi gato y mi perro, todo lo que a uno le ayuda a vivir una vida cada día más triste.

Siempre anuncia que su novela es la última. Así pasó con *Héroes y tumbas*. ¿es "Abaddon" realmente "el exterminador" de su novelística cuando se realiza la muerte de Sábato?

— Algo de eso hay. Pero, quizás no pues tengo para terminar dos novelas que tratan sobre la conquista de América, enigma que, analizado a la luz de la razón pura desemboca en el absurdo, otra prueba que la razón no sirve nada más que para explicar el teorema de Pitágoras y cosas por el estilo. Con *Abaddon* me sucedió como con las otras. Apareció tras un largo lapso de tiempo durante el que me estaba haciendo un extenso cuestionamiento personal y sobre la novela en general. Era auténtico también cuando, después que la finalicé pensaba no volver a escribir. Casi tanto, como cuando metí al escritor entre los otros personajes en absolutas condiciones de igualdad. Sucede que yo no soy el escritor profesional en el sentido de un trabajo regular. Soy un depresivo crónico y cuando entro en esos periodos no puedo escribir, o lo que hago, va a parar al fuego. Yo he escrito mucho, pero la mayor parte lo destruí. Estas mismas novelas — *Abaddon* y *Sobre héroes y tumbas*, — estuvieron a punto de correr la misma suerte. De cualquier manera, puedo decir que *Abaddon*, *el exterminador*, a pesar de mi disconformismo natural, es mi obra más ambiciosa dado que la escribo en esta última parte de mi existencia, a una altura de mi vida en que conozco menos imperfectamente la condición del hombre y después de sufrir infinitas vicisitudes en mi vida. Y la condición del hombre es el tema de mis novelas, así como lo que me mueve a escribir es mi profunda desesperación.